

EL RETO UNIVERSITARIO PARA EL SIGLO XXI

Isaac Felipe Azofeifa*

Salvar el ser del Hombre y su Cultura es el reto universitario para el siglo XXI. La revolución tecno-científica que avanza vertiginosa transformando nuestra sociedad se plantea en la educación al lado de los términos de vocación y humanismo, para formar la educación cuya incógnita tendrá que resolver cada día lo mismo el político que el educador y el empleador en los próximos años. ¿Sucumbe el ser humano barrido por la alta marea de la civilización electrónica? ¿Se robotiza el ser humano? ¿Va a convertirse la actividad de educar en un irracional proceso de programación maquina? Hace apenas ahora veinticinco años los dos creadores de la teoría de nuestra Universidad –Rodrigo Facio y Carlos Monge– la describían como *laboratorio de Humanidad*. ¿Es todavía válida esta definición de nuestra república educativa para el siglo XXI? Sobre la Escuela de Estudios Generales pende la mortal amenaza de los reyes Damocles de la eficiencia técnica contra los pobres invitados de la inutilidad: filósofos, poetas, historiadores, artistas y sociólogos. Sin ningún temor, frente a las marchas y los himnos triunfales de la técnica, que ensordecen nuestras vidas, estos inútiles, estos maestros de la ineficiencia, repiten el verso del clásico inglés: *¿Por quién doblan las campanas?*

Por cada uno de nosotros doblan las campanas. El destino de los demás es mi propio destino. Pero está en el destino del *Hombre* resucitar de sus propias cenizas. La tarea de toda escuela es cualitativa en esencia. Educar es humanizar. La educación es humanista desde que, al recibir el niño la primera luz del mundo, se inicia una actividad formativa, individual y única. Precisamente la victoria de la escuela y del verdadero maestro está en salvar este proceso aprovechando todos los recursos intelectuales y motores, todas las fuerzas espirituales y morales del ser que crece, para cumplir su tarea formadora de seres humanos lo mejor equipados, integrados y creadores que sea posible.

La palabra Maestro no ha perdido nunca el significado que tuvo en los labios de los discípulos de Sócrates o de Jesús. Y así es como debe seguir empleándose. Expresado en términos absolutos, el Maestro es el que hace crecer el Hombre en mí. El creador de seres humanos libres, dignos y plenos. Y creo yo que la plenitud humana se expresa en el dicho viejo de veinte siglos: *Hombre soy y nada humano me es ajeno*, que en mi pensamiento de hombre de hoy equivale a este otro: *El destino de los demás es mi propio destino*. Desde este ángulo, realiza efectiva formación humana del ser el profesor en cuyo trabajo la literatura deja de ser inorgánico archivo de la letra para resucitar voz viva, palabra conmovida, total acento del Hombre; y aquel en cuyo trabajo la ciencia se comunica no sólo como sistema de nociones y verdades, sino como quehacer inquisitivo del Hombre; y aquel otro en cuyo trabajo, la técnica, además de dictar el procedimiento eficaz para fabricar una tela, una vacuna, construir un puente o manejar una máquina, está concebida como empresa y acción del espíritu para liberar al Hombre –Nunca para celebrar su servidumbre o vasallaje– y siempre para mejorar su calidad de vida.

Bajo esta luz, la enseñanza de la historia viene a ser primero y antes que fácil cronología sistemática, la biografía del esfuerzo humano, en cuya corriente ocupa cada uno de nosotros un lugar determinado, origen esto último de deberes cuyo cumplimiento no podemos soslayar, bajo pena de condenarnos a hacer, al margen de nuestra época, una existencia frustránea de medios-hombres. Porque concibo el humanismo como desarrollo de la personalidad humana ubicada en el presente. Y esto es lo que yo creo que debemos esperar de una educación que merezca el nombre de actual, operativa, eficiente.

Los humanistas del siglo XVI fueron hombres profundamente arraigados en su tiempo. El propósito vital del filósofo griego, del moralista romano y, en la historia moderna, del sabio renacentista, era la explicación y comprensión del hombre inmediato junto con el dominio de los problemas inmediatos. No es concebible, según esto, un humanismo de hoy que no entienda lo humano como tarea social a la vez que como forma y destino individual. No se concibe un humanismo que divorcie la idea de personalidad del concepto de solidaridad; no es concebible un humanismo de hoy –en fin– que rechace el fenómeno universal de la ciencia y la técnica, que están cambiando velozmente la sociedad en nuestro tiempo contemporáneo, y por esto hablamos de revolución tecno-científica.

* Profesor de Literatura en la Universidad de Costa Rica. Profesor Emérito de la Escuela de Estudios Generales. Es considerado uno de los más notables poetas costarricenses. Es destacado ensayista y articulista. Tiene numerosas obras poéticas y literarias. Ha ganado varios premios nacionales e internacionales.

Gran escándalo hizo en las generaciones de los primeros dos tercios de nuestro siglo la propuesta de que la educación abandonara el academicismo y la enciclopedia. Se ignoraba, por puro racionalismo dieciochesco, el destino y la vocación del hombre concreto, individual. Y todavía seguimos luchando contra viejos educadores que concibieron la cultura como una entelequia de ciencias, letras, artes y filosofía, y mantenían una mecánica concepción intelectualista de la cultura pasando revista cotidiana a su archivo de conocimientos bien clasificados y organizados de todos los productos sin ordenación valorativa de la actividad espiritual humana. La lucha inútil pero esforzada de la escuela, que sufrimos por generaciones, fue la de nuestros viejos “educadores” por colocar dentro de esa camisa de fuerza el dinamismo vital de los jóvenes. Y ahora muchos adultos sufren de malformaciones provocadas por aquel proceso llamado “educativo” que no contó, —antes bien negó— la vida humana plena, creadora, libre, auténtica, del Hombre en los jóvenes.

La humanidad plena del hombre se logra por el camino de la vocación. Cada uno de nosotros es una individualidad con uno —o varios— destinos que cumplir. Las fuerzas interiores y las condiciones externas determinan y dan prioridad a la vocación. Todo ser humano es una tarea por realizar y se realiza en cuanto hombre cumpliendo esa tarea. Si algo falla, por deficiencias innatas, físicas o morales, o por circunstancias sociales, vemos establecerse el padecimiento del enfermo físico o síquico, o el mal en el delincuente. Porque la tarea humana, para serlo de verdad, tiene que contar con el mundo real, con el *aquí* y el *ahora* fatales. Palabras mágicas son éstas, que nos anuncian el nacimiento del ser humano en un mundo material y cultural del cual recibe la forma espiritual, el estímulo para crecer, la normatividad de su conducta. Cada uno de nosotros en cambio pone en juego sus tendencias, sus limitaciones biológicas, su capacidad creadora original: esa oscura voz que tiene que despertar y decir su propia palabra. Su vocación.

Vocación, he aquí el gran problema. Mientras no comprendamos su justo valor, no vamos a avanzar derecho en el camino de nuestro trabajo de maestros despertadores, maestros orientadores, maestros creadores de humanidad, hechos para la responsabilidad vocacional de educar.

El humanismo como actitud inicial y como aspiración final, fue siempre un momento supremo de liberación total de las fuerzas creadoras del ser humano, y mientras nuestra civilización tecno-científica esté asentada sobre esas bases, seguirá siendo fiel al humanismo como tarea formadora y liberadora del ser humano.

Yo me eduqué cuando amanecía el siglo XX y se me dijo que el siglo anterior al mío, el siglo XIX, había sido antihumanista, que ignoró lo cualitativo del ser humano por su adoración del hecho y la medida, y porque divinizó la ley científica. Porque confundió la cultura con la erudición, y al Hombre con su sombra. No debemos dejar en nuestro tiempo de profundas revoluciones —sociales, religiosas, tecnocientíficas— que nos ocurra lo mismo. La técnica es hija legítima de la ciencia. Es algo peor que una sombra del hombre: el ser humano corre el peligro de quedarse sin alma, de robotizarse.

Yo propondría una forma actual de humanismo para responder a nuestra época y revitalizar la educación, desde el kinder hasta la universidad. Propondría el humanismo vital, que va derecho a concebir al ser humano como destino personal en acción a través de su vocación. Concibo —y no soy original, repito lecciones— concibo la cultura como la forma de vida del hombre en sociedad. Concibo la persona humana como una unidad dinámica que se desenvuelve y se realiza mediante la interacción de las fuerzas íntimas del ser y los requerimientos de nuestra realidad cambiante, dinámica, compleja y deshumanizadora.

La educación sigue siendo un proceso formativo, cualitativo, complejo, y de profundo sentido social. Pero este proceso no es fácilmente aislable hoy dentro de las escuelas ni dentro de los hogares. Ya ha empezado a sonar a falso el dicho de que eso que ha parecido objetivamente aislable que es la cultura, la herencia social del hombre, lo convierte la escuela en alimento del proceso de su desarrollo y en estímulo vigoroso de tendencias, de aptitudes, que a la vez son naturales antenas de selección para esos mismos estímulos. Y más falaz empieza a sonar aquello de que esa cultura, debidamente programada por la escuela, hace sonar su reclamo al alma que se entrega a su llamado y se inicia con esto —o se debe iniciar desde ese instante— el proceso subjetivo, amoroso, de descubrimiento y desarrollo de lo único, individual, auténtico, intraducible, inefable en último análisis, que es la vocación y la personalidad como su fruto maduro.

¿Entonces, qué es lo que ha pasado? Pues pasa que minuto a minuto crece la torrencial inundación en las calles, las avenidas, las plazas y todo espacio libre, y penetra en nuestros hogares sin pausa durante las veinticuatro horas del día. La electrónica se va adueñando de nuestra vida por los canales de la televisión, la radio y la prensa diaria. Se nos enredan las manos, los pies y la mente en las computadoras que crecen por generaciones como los seres humanos. La propaganda nos abofetea sin remedio y nos lanza a la cara millares de productos comerciales, cada día nuevos, cada día

más sofisticados y cada día puestos fuera de uso por la civilización de la basura industrial que produce más y más. –Milagro de la técnica al servicio, no del hombre, sino de los intereses económicos de poderosísimas empresas transnacionales cada vez más poderosas, cada vez más ambiciosas de cubrir el planeta. Y los monstruosos desechos de esta demente civilización van cubriendo el subsuelo del mundo, ¡de nuestro mundo!

Y nos preguntamos, se preguntan los cerebros vigilantes de nuestra cultura, y se cuestionan las universidades de todo el mundo civilizado: ¿Mejora cualitativamente la vida del ser humano la desbordada técnica que sirve a la civilización industrial para mantener el ritmo creciente de sus ventas, de niveles de consumo y de frenético esparcimiento y diversión? ¿O pierde su valor el ser humano cualitativamente considerado? La libertad es el bien que más se busca pero ¿no está siendo encadenado el hombre a la propaganda industrial o comercial, en vez de liberarlo? Tenemos que contestar que sí. La masa de los hombres –los hombres masa– subsisten encadenados a la propaganda, que enlata para su consumo las ideas y las creencias, y todo es dosificado, cuantificado, aun el hombre mismo, y valorado según estadísticas y encuestas, y se le cuelga la contraseña del precio según su nivel de éxito. Y la cultura transnacionalizada –¿Cultura?– maneja hasta nuestras funerarias y fija los estándares finales para nuestro cadáver como un producto más de consumo. Somos libres. ¿Para qué? Sólo queda el *lo toma o lo deja* de la oferta consumista.

Para emerger de este torbellino que nos arrastra, de este remolino, de este vórtice de fiesta desenfadada, de música y sexo y violencia, de alimentos artificiales, balnearios, y yates y clubes privados para unos hombres y trabajo y miseria para otros casi seres humanos, es preciso que los que podemos hacerlo, es preciso que en las universidades, empecemos a preguntarnos por el destino del Hombre y del planeta destruido por la contaminación y la explotación sin límites de nuestras reservas biológicas; que nos preguntemos por el significado de la libertad y urjamos la revaloración de la persona humana digna, social y creadora; y trabajemos por el rescate de una existencia verdaderamente humana para el Hombre.

Esta ha de ser a mi juicio la tarea primera de la auténtica cultura universitaria antes de que sobrevenga, con el siglo que se anuncia, la robotización universal del Hombre y su Cultura. La mayúscula no es nuestra, es de la Historia.

La Tinaja, Curridabat, 29 de julio de 1990